

# SU NOMBRE: EL DIOS PODEROSO

Volumen 1 – Sermón No. 258

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 19 DE JUNIO DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

*“El Dios fuerte”  
Isaías 9:6*

Otras traducciones de este título divino han sido propuestas por varios eruditos muy eminentes y capaces. No es que ninguno de ellos haya estado preparado para negar que esta traducción es, después de todo, la más precisa, sino que, si bien hay varias palabras en el original, que traducimos con el apelativo común de "DIOS", podría ser posible interpretar esto para mostrar más exactamente su significado definido.

Un escritor, por ejemplo, piensa que el término podría traducirse como "El Irradiador", El que da luz a los hombres. Algunos piensan que tiene el significado de "El Ilustre", el brillante y resplandeciente. Aun así, hay muy pocos, si es que hay alguno, que estén dispuestos a disputar el hecho de que nuestra traducción es la más fiel que se podría dar: "El Dios fuerte".

El término usado aquí para Dios, El, está tomado de una raíz hebrea que, como yo lo tomo, significa fuerza, y tal vez una traducción literal incluso de ese título podría ser, "El fuerte", el Dios fuerte. Pero se añade a esto un adjetivo en hebreo, que expresa poderío, y los dos juntos expresan la omnipotencia de Cristo, Su verdadera deidad y Su omnipotencia, como el primero y principal de los atributos que contemplaba el profeta. "El Dios fuerte".

No me propongo esta mañana entrar en ningún argumento en prueba de la divinidad de Cristo, porque mi texto no parece exigírmela. No dice que Cristo será "Dios fuerte", eso se afirma en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura, pero aquí dice: "Será llamado admirable", llamado "consejero", llamado "Dios fuerte", y creo que, por lo tanto, puedo ser excusado de entrar en cualquier prueba del hecho, si al menos puedo establecer la verdad de lo que aquí se predice, ya que Cristo ciertamente es llamado en este día, y será llamado para el fin del mundo, "El Dios fuerte".

Primero, esta mañana, hablaré por un momento *sobre la insensatez de aquellos que profesan ser Sus seguidores, pero que no lo llaman "El Dios fuerte"*. En segundo lugar, trataré

de mostrar cómo el verdadero creyente llama prácticamente a Cristo "El Dios fuerte", en muchos de los actos que conciernen a su salvación, y luego cerraré observando cómo Jesucristo ha demostrado ser verdaderamente "El Dios fuerte" para nosotros, y en la experiencia de Su iglesia.

I. Primero, permítanme señalar la locura de los que se declaran discípulos de Cristo, y sin embargo no lo llaman, ni lo llamarán, Dios.

A veces se me ha planteado la cuestión de cómo es que los que sostenemos la divinidad de Cristo manifestamos lo que se llama falta de caridad hacia los que lo niegan. Continuamente afirmamos que un error con respecto a la divinidad de Cristo es absolutamente fatal, y que un hombre no puede tener razón en su juicio sobre ninguna parte del Evangelio, a menos que piense correctamente de Aquel que es personalmente el centro mismo de todos los propósitos de cielo y fundamento de todas las esperanzas de la tierra.

Tampoco podemos admitir ningún latitudinarismo aquí. Extendemos la mano derecha de la comunión a todos aquellos que aman al Señor Jesucristo con sinceridad y verdad, pero no podemos intercambiar nuestros saludos cristianos con aquellos que niegan que Él sea "verdadero Dios de verdadero Dios". Y a veces se pregunta la razón, por ejemplo, nuestros oponentes: "Estamos listos para darte la mano derecha de compañerismo, ¿por qué no nos lo haces tú?"

Nuestra respuesta será breve: "No tienes derecho a quejarte de nosotros, ya que en este asunto estamos a la defensiva. Cuando ustedes mismos declaran creer que Cristo no es el Hijo de Dios, puede que no sean conscientes de ello, pero nos han acusado de uno de los pecados más negros en todo el catálogo de delitos". Los Unitarios deben, para ser consistentes, acusar a todos los que adoramos a Cristo, de ser idólatras. Ahora bien, la idolatría es un pecado del carácter más atroz, no es una ofensa contra los hombres es cierto, pero es una ofensa intolerable contra la majestad de Dios.

Estamos clasificados por Unitarios, si son consistentes, con los Khoikhoi. "No", dicen ellos, "creemos que eres sincero en tu merced". Así es el Khoikhoi, se inclina ante su Fetiche, su bloque de madera o piedra, y es un idólatra, y aunque nos acusas de inclinarnos ante un hombre, sostenemos que has puesto a nuestra puerta un pecado insoportable, grosero, y estamos obligados a rechazar su acusación con cierta severidad. Nos ha insultado tanto al negar la Deidad de Cristo, nos ha acusado de un crimen tan grande, que no puede esperar que nos sentemos tranquilamente y sonriamos suavemente ante la imputación.

No importa lo que el hombre adore, si no es Dios, es un idólatra. No hay distinción en principio entre la adoración a un dios de barro y un dios de oro, es más, no hay distinción entre la adoración de una cebolla y la adoración del sol, la luna y las estrellas. Estas son idolatrías similares. Y aunque los socinianos confiesan que Cristo es el mejor de los hombres,

la perfección en sí misma, sin embargo, si Él no es nada más, la vasta masa del mundo cristiano es deliberadamente asaltada con la insolente acusación de ser idólatras.

Sin embargo, aquellos que nos acusan de idolatría esperan que los recibamos con cordial bondad. No está en la carne y la sangre que lo hagamos, si tomamos el terreno bajo de la razón, no está en la gracia o en la verdad hacerlo, si tomamos el terreno elevado de la revelación. Como hombres, estamos dispuestos a mostrarles respeto, los respetamos, oramos por ellos, no tenemos ira ni enemistad contra ellos. Pero cuando llegamos al punto de la teología, no podemos, como profesamos ser seguidores de Cristo, vernos dócilmente acusados de una ofensa tan terrible y atroz como la de la adoración de ídolos.

Confieso que casi preferiría ser acusado de una religión que atenuaba el asesinato, que de una que justificaba la idolatría. El asesinato, por grande que sea la ofensa, no es más que la matanza del hombre, pero la idolatría es en su esencia la matanza de Dios, es el intento de echar al Eterno JEHOVÁ de Su trono, y de imponer en Su lugar la obra de Su propia mano, o la criatura de mi propia presunción.

¿Me acusará un hombre de estar tan embrutecido como para adorar a un simple hombre? ¿Me dirá que soy tan bajo y servil en mi intelecto que debo inclinarme para adorar a mi propio prójimo? y, sin embargo, ¿espera que después de eso lo reciba como a un hermano que profesa la misma fe? No puedo entender su presunción.

El cargo contra nuestra santidad de corazón es tan tremendo, la acusación es tan espantosa, que, si ha habido alguna severidad y amargura de temperamento en la controversia, el pecado recae sobre nuestro oponente, y no sobre nosotros. Porque nos ha acusado de un crimen tan terrible, que un hombre recto debe repelerlo como un insulto.

Pero para ir más allá, si Jesucristo no es una Persona Divina, si pudiera imaginarme una vez que Él no es más que un simple hombre, preferiría a Mahoma a Cristo, y si me preguntan por qué, creo que podría probarles claramente la demostración de que Mahoma fue un profeta más grande que Cristo. Si Jesucristo no es el Hijo de Dios, co-igual, co-eterno con el Padre, Él habló de tal manera que indujo esa creencia en las mentes de Sus propios discípulos y de Sus adversarios igualmente.

Mahoma, con respecto a la unidad de la Deidad, es tan claro y distinto, que no hay mahometano hasta el día de hoy que haya caído jamás en la idolatría. Descubrirás que en todo el mundo mahometano todavía se pronuncia con severidad y se cree fielmente: "Hay un solo Dios, y Mahoma es su profeta".

Ahora bien, si Cristo no fuera más que un buen hombre y un profeta, ¿por qué no habló más decisivamente? ¿Por qué no ha dejado constancia de un grito de guerra por el cristiano, que sería tan explícito y decisivo como el de Mahoma? Si Cristo no quiso enseñar que Él mismo

es Dios, por lo menos no fue muy claro y definido en su negación y ha dejado a sus discípulos en la más absoluta oscuridad, cuya prueba está en ser encontrado en el hecho de que en la actualidad, novecientos noventa y nueve de cada mil del total de los seguidores profesos de Cristo lo reciben, y se inclinan ante Él como si fuera Dios verdadero. Y si no es Dios, niego su derecho a ser estimado como profeta. Si Él no es Dios, Él fue un impostor, el más grandioso, el más grande de los engañadores que jamás haya existido.

Esto, por supuesto, no es un argumento para el hombre que niega la fe y no se declara seguidor de Cristo. Pero para el hombre que es seguidor de Cristo, sostengo que el argumento es irresistible, que Cristo no podría haber sido un buen y gran profeta, si Él no fuera lo que ciertamente nos hizo creer que Él mismo era, el Hijo de Dios, quien ¿No pensó que era un robo ser igual a Dios, el mismo Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada de lo que es hecho fue hecho?

Diré aún otra cosa que puede asustar al creyente, pero que más bien pretende reducir a un absurdo la doctrina heterodoxa de que Cristo no es Dios. Si Cristo no fuera el Hijo de Dios, su muerte, lejos de ser una satisfacción por el pecado, fue una muerte muy rica y justamente merecida. El Sanedrín ante el cual fue juzgado era la legislatura reconocida y autorizada del país. Fue llevado ante ese Sanedrín, acusado de blasfemia, y fue por ese cargo que lo condenaron a muerte, porque se hizo Hijo de Dios.

Ahora bien, no vacilo en declarar honestamente que, si me hubieran llamado a declarar en ese caso, debería haber hecho una confesión y que, además, debería haberme puesto de pie, y haber dicho y sentido que tenía un caso claro ante mí, que sólo la mentira y el perjurio podrían haber dejado de lado, si Jesús de Nazaret hubiera sido acusado de haberse declarado Hijo de Dios. Vaya, toda su predicación parecía derivar de ahí su autoridad sin igual. Había continuamente en Sus acciones y en Sus palabras, una pretensión de ser algo más de lo que el hombre jamás podría pretender.

Y cuando fue llevado ante el Sanedrín, se podrían haber encontrado suficientes testigos para demostrar que se había hecho Hijo de Dios, si no lo fuera, su condenación por blasfemia fue la sentencia más justa que jamás se haya pronunciado, y su crucifixión en el Calvario, fue absolutamente la ejecución más justa que jamás haya sido realizada por la mano del gobierno.

Es Su ser verdaderamente Dios lo que lo libera de la acusación de blasfemia. Es el hecho de que Él es Dios, y que Su Deidad no puede ser negada, lo que hace de Su muerte un deicidio injusto a manos del hombre apóstata, y lo convierte, como ante Dios, en un sacrificio aceptable por los pecados de todos los hombres, pueblo a quien redimió con su preciosísima sangre.

Pero si Él no es Dios, repito, que no hay razón alguna por la que deberíamos haber hecho

escribir un Nuevo Testamento, porque entonces no habría nada en los hechos sublimes de ese Nuevo Testamento sino la justa ejecución de uno que ciertamente merecía morir.

¿Recuerdan, mis queridos amigos, cuando el apóstol Pablo predicaba sobre la resurrección de los muertos, en su carta a los Corintios, cómo utiliza un argumento ex post facto para mostrar las consecuencias naturales, si fuera posible anular la verdad? Él dice: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe, y aún estáis en vuestros pecados".

Ahora, puedo usar justamente la línea de argumentación del apóstol en referencia a la Deidad y Filiación de Cristo, de la cual Su resurrección dio una demostración tan palpable: "Si Cristo no es el Hijo de Dios, vana es entonces nuestra predicación, y vuestra fe también es vana, y aún estáis en vuestros pecados", y todas nuestras visiones del cielo son arruinadas y marchitas, el brillo de nuestra esperanza se apaga para siempre, esa Roca sobre la cual se basa nuestra confianza resulta ser nada mejor que mera arena, si no se prueba la divinidad de Cristo.

Todo el gozo y el consuelo que alguna vez tuvimos en este mundo, en nuestra creencia de que Su sangre fue suficiente para expiar el pecado, no ha sido más que un sueño de fantasía y un "producto de cerebros ociosos", toda la comunión que hemos tenido con Él no ha sido más que una ilusión y un trance, y todas las esperanzas que tenemos de contemplar Su rostro en gloria y de quedar satisfechos cuando despertemos a Su semejanza, no son más que los engaños más repugnantes que jamás hayan engañado las esperanzas del hombre.

Oh, hermanos míos, ¿y puede alguno de ustedes creer que la sangre de todos los mártires ha sido derramada como testimonio de una mentira? Tener todos los que se han podrido en las mazmorras romanas, o han sido quemados en la hoguera porque dieron testimonio de que Cristo era Dios, ¿murieron en vano? En verdad, si Cristo no es Dios, somos los más miserables de todos los hombres.

¿Para qué la calumnia y el abuso que hemos tenido que soportar día tras día, para qué nuestro arrepentimiento, nuestros suspiros, nuestras lágrimas, para qué nuestra fe, para qué nuestros temores y presentimientos han sido suplantados por nuestra esperanza y confianza, para qué nuestro gozo y nuestro regocijo, si Cristo no es el Hijo de Dios?

¿Se darán por necios, se imaginan que la Palabra de Dios los ha descarriado, que profetas y apóstoles, mártires y santos, se han unido todos para llevarlos a una trampa y engañar sus almas? Dios no permita que pensemos tal cosa. No hay locura en el mundo que tenga tanto como un punto de locura, comparada con la locura de negar la divinidad de Cristo, y luego profesar ser sus seguidores. No, amado,

***“Que todas las formas que los hombres ideen,  
asalten nuestra fe con arte traicionero;  
¡las llamaremos vanidad y mentira,  
y ataremos el Evangelio a nuestro corazón!”***

Escribiremos esto al frente de nuestro estandarte: “Cristo es Dios, co-igual y coeterno con Su Padre, verdadero Dios de verdadero Dios, que no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”.

**II.** Esto me lleva a la segunda parte del tema, *¿cómo llamamos a Cristo “el Dios poderoso”?*

Aquí no hay disputa alguna, ahora estoy a punto de hablar de cuestiones de puro hecho. Sea Cristo Dios poderoso o no, es bastante cierto que tenemos el hábito constante de llamarlo así. No, quiero decir, por la mera pronunciación del término, pero lo hacemos de una manera más fuerte, de hecho, y las acciones hablan más que las palabras.

Ahora, amados, pronto probaré que ustedes y yo tenemos el hábito de llamar a Cristo Dios. Y lo probaré primero, porque es nuestro deleite, nuestro gozo y nuestro privilegio atribuirle los atributos de la deidad. En las horas de devota contemplación, ¡cuántas veces lo miramos como Hijo Eterno! Tú y yo nos sentamos en nuestros aposentos y en nuestra casa de oración, y mientras reflexionamos sobre el gran pacto de gracia, tenemos el hábito de hablar del amor eterno de nuestro Señor Jesucristo por Su pueblo. Esta es una de las joyas de nuestra vida, uno de los adornos con los que nos ataviamos como una novia.

Esta es una parte del maná que sabe a hojuelas hechas con miel, del cual se alimentan nuestras almas. Hablamos del amor eterno de Dios, de que nuestros nombres han sido inscritos en Su libro eterno, y de que Cristo los llevó sobre Su pecho desde antes de la fundación del mundo, como nuestro gran Sumo Sacerdote, nuestro recordador ante el trono del cielo.

Al hacerlo, virtualmente lo hemos llamado “El Dios fuerte”, porque nadie sino Dios podría haber existido desde la eternidad hasta la eternidad. Cuantas veces profesamos la doctrina de la elección, llamamos a Cristo, Dios fuerte, cuantas veces hablamos de la alianza eterna, ordenada en todas las cosas y segura, tantas veces lo proclamamos Dios, porque hablamos de Él como uno eterno, y nadie podría ser desde la eternidad sino uno que es autoexistente, que es Dios.

Una vez más, con qué frecuencia nos repetimos ese precioso versículo: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos”. Siempre tenemos la costumbre de atribuirle inmutabilidad. Algunos de nuestros himnos más selectos se basan en esa circunstancia, y nuestras esperanzas más ricas fluyen de ese atributo. Sabemos que todo cambiará. Estamos convencidos de que

nosotros mismos somos mudables como los vientos, y tan fácilmente movidos como la arena por las olas del mar, pero sabemos que nuestro Redentor vive, y no podemos sospechar ningún cambio en Su amor, Su propósito, o Su poder.

¿Cuántas veces cantamos?,

***“Inmutable su voluntad,  
Aunque oscuro puede ser mi escenario,  
su amoroso corazón sigue siendo inmutablemente el mismo.  
Mi alma a través de muchos cambios va:  
¡Su amor no conoce variación!”***

¿No ves que de hecho lo has llamado Dios, porque nadie sino Dios es inmutable? La criatura cambia. Esto está escrito en la vanguardia de la creación: "¡Cambio!" El poderoso océano que no conoce surcos en su frente, cambia a veces, y a veces cambia su nivel. Se mueve de un lado a otro, y sabemos que debe ser lamido con lenguas bifurcadas de llama, y sin embargo le atribuimos a Cristo la inmutabilidad. Entonces, de hecho, le atribuimos divinidad, porque nadie sino lo divino puede ser inmutable.

¿No es también nuestro gozo creer que donde dos o tres están reunidos en el nombre de Cristo, allí está Él en medio de ellos? ¿No lo repetimos en todas nuestras reuniones de oración? Quizás algún ministro en Australia comenzó las solemnidades de adoración pública de este día con la reflexión de que Jesucristo estaba con él, según su promesa, y sé que cuando vine aquí la misma reflexión me consoló: "Sí, estoy con ustedes siempre hasta el fin del mundo", que dondequiera que se encuentre un cristiano, allí está Dios. Y aunque sólo haya dos o tres reunidos en un granero, o sobre la hierba verde bajo el dosel del cielo azul de Dios, sin embargo, allí Cristo garantiza Su presencia.

Ahora les pregunto, ¿no le hemos atribuido a Cristo la omnipresencia, y quién puede ser omnipresente sino Dios? ¿No hemos llamado así, de hecho, aunque no con palabras, a Cristo "Dios"? ¿Cómo es posible que lo soñemos aquí y allá y en todas partes, en el seno de su Padre, con los ángeles y en el corazón de los contritos, todo a la vez, si no es Dios? Concédeme que Él es omnipresente, y tú has dicho que Él es Dios, porque nadie sino Dios puede estar presente en todas partes.

De nuevo, ¿no solemos atribuir también a Cristo omnisciencia? Crees cuando te duele el corazón que Cristo conoce tus dolores, y que Él cuenta cada gemido, o al menos si no lo crees, siempre es mi satisfacción saber que,

***“Él siente en Su corazón,  
Todos mis suspiros y mis gemidos”.***

Y así Él hace lo tuyo. Dondequiera que estés, crees que Él escucha tus oraciones, que Él ve tus lágrimas, que Él conoce tus necesidades, que Él está listo para perdonar tus pecados, que Él te conoce mejor que a ti mismo. Creéis que Él escudriña vuestros corazones y prueba vuestras riendas, y que nunca podéis venir a Él sin encontrarlo lleno de simpatía y lleno de amor.

Ahora, ¿no ves que le has atribuido omnisciencia a Él, y, por lo tanto, aunque no con palabras, lo has llamado, con acentos más fuertes que las palabras, el Dios fuerte, porque has asumido que Él es omnisciente, y que puede ser omnisciente sino el Dios mismo de Dios mismo?

No me detendré a discurrir sobre los otros atributos, pero creo que podemos probar que cada uno de nosotros le atribuye a Cristo todos los atributos de la Deidad en nuestra vida diaria y en nuestra constante confianza e intercesión. Estoy seguro de que es cierto para muchos corazones amorosos de los propios hijos de Dios aquí. Lo hemos llamado Dios fuerte, y si otros no lo han llamado así, no obstante, el texto es verificado por nuestra fe. "Él será llamado Admirable, Consejero, Dios Fuerte". Así es Él, y así será, por los siglos de los siglos.

Y ahora tengo otra prueba que ofrecer, que a Cristo se le llama "El Dios fuerte". Lo llamamos así en muchos de Sus oficios. Creemos esta mañana que Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre. Si queremos entender el término mediador o jornalero, debemos interpretarlo como lo hizo Job, uno "que pudiera poner su mano sobre nosotros dos".

Estamos acostumbrados a decir que Jesucristo es el Mediador de la nueva alianza, y ofrecemos nuestras oraciones a Dios a través de Él, porque creemos que Él es el mediador entre nosotros y el Padre. Concédase una vez entonces que Cristo es el Mediador, y usted ha afirmado Su divinidad.

Le has llamado virtualmente el Hijo de Dios, y le has concedido Su humanidad, porque Él debe poner Su mano sobre ambos, por lo tanto, debe poner Su mano sobre el hombre en nuestra naturaleza, Él debe ser tocado con un sentimiento de nuestras debilidades, y ser en todos los puntos como somos.

Pero Él no es un Mediador a menos que pueda poner Su mano sobre Dios, a menos que, como Compañero del Eterno, Él pueda, sin blasfemia, poner Su mano sobre el Ser divino. No hay mediación a menos que la mano se ponga sobre ambos, y ¿quién podría poner Su mano sobre Dios sino Dios? ¿Pueden los querubines o serafines hablar de poner sus manos sobre lo Divino? ¿Tocarán el Infinito? "Oscuros con una luz insufrible aparecen sus faldas", entonces, ¿qué es Él mismo en la gloriosa Esencia de la Deidad? Un fuego que todo lo devora y consume. Solo Dios puede poner Su mano sobre Dios y, sin embargo, Cristo tiene esta alta prerrogativa,

porque fijen, no se establece mediación, no puede haberla, a menos que los dos estén vinculados.

Si quisieras construir un puente, podrías comenzar en este lado del río, pero si no lo has conectado con el otro lado, no has construido el puente. No puede haber mediación a menos que las partes estén plenamente vinculadas. La escalera debe tener sus pies en la tierra, pero debe llegar al cielo, porque si hubiera una sola brecha caeríamos de su cima y pereceríamos. Debe haber una comunicación completa entre los dos. ¿No veis, pues, que al llamar a Cristo Mediador, en realidad le hemos llamado Dios fuerte?

Pero nuevamente, llamamos a Cristo nuestro Salvador. Ahora bien, ¿tiene alguno de ustedes esa necia credulidad que los llevaría a confiar en un hombre para la salvación eterna de su alma? Si es así, lo compadezco, su lugar apropiado no está en una asamblea protestante, sino entre los engañados devotos de Roma. Si puedes encomendar el cuidado de tu alma a alguien como tú, ciertamente debo llorar por ti y rezar para que puedas aprender mejor.

Pero tú confías tu salvación a Aquel a quien Dios ha puesto como propiciación, ¿no es así, oh seguidor de Jesús? ¿No puedes decir que toda tu esperanza está puesta en Él, porque Él es toda tu salvación y todo tu deseo? ¿No descansa vuestro espíritu sobre ese pilar sin refuerzo de Su entera satisfacción, Su preciosa muerte y sepultura, Su gloriosa resurrección y ascensión?

Ahora observe, o está descansando en el hombre, o ha declarado que Cristo es "el Dios fuerte". Cuando digo que pongo mi fe en Él, declaro muy honestamente que no me atrevo a confiar ni siquiera en Él, si no creyera que Él es Dios. No podía poner mi confianza en ningún ser que simplemente fue creado. Dios no permita que mi locura llegue a tal extremo. Preferiría confiar en mí mismo que confiar en cualquier otro hombre y, sin embargo, no me atrevo a confiar en mí mismo, porque estaría maldito. "Maldito el que confía en el hombre, y pone carne por su brazo". ¿Y quisiera el sociniano hacerme creer que debo predicar la fe en Cristo, y que, sin embargo, si mis oyentes confían en Cristo, serán malditos, como ciertamente deben serlo, si Él no es más que un hombre, porque nuevamente lo repito?, "Maldito el que confía en el hombre, y pone carne por su brazo".

Obtienes una bendición por la fe en Jesús, pero ¿cómo? ¿No es porque "Bienaventurado el varón que confía en Jehová, y cuya esperanza es Jehová"? Cristo es completamente JEHOVÁ y por lo tanto la bendición llega a los que confían en Él. Así pues, todas las veces que pusisteis vuestra confianza en Jesús, por el tiempo y la eternidad, le habéis llamado "El Dios fuerte".

Este tema es capaz de la mayor expansión, y creo que hay suficiente interés asociado a él para justificar que los retenga hasta tarde este día, pero no lo haré. Se ha dicho lo suficiente, creo, para probar al menos que tenemos el hábito de llamar continuamente a Cristo "El Dios fuerte".

III. Mi tercera propuesta es explicarles *cómo Cristo ha demostrado ante nosotros que es "el Dios poderoso"*.

Y aquí amados, sin controversia, grande es el misterio de la piedad, pues el pasaje del cual se toma el texto dice: "Un niño nos es nacido". ¡Un niño! ¿Qué puede hacer eso? ¡Un niño! se tambalea en su andar, tiembla en sus pasos, y es un niño recién nacido. ¡Nacido! ¿Qué infante cuelga del pecho de su madre, un infante que obtiene su alimento de una mujer? ¡Que! ¿Puede eso hacer maravillas? Sí, dice el profeta: "Un niño nos es nacido".

Pero luego se añade: "Hijo nos es dado". Cristo no sólo nació, sino que se dio. Como hombre es un niño nacido, como Dios es el Hijo dado. Él desciende de lo alto, es dado por Dios para convertirse en nuestro Redentor. ¡Pero he aquí la maravilla! "Su nombre", el nombre de este niño, "se llamará Admirable, Consejero, Dios fuerte".

¿Es este niño, entonces, para nosotros el Dios fuerte? Si es así, oh, hermanos, indiscutiblemente, ¡grande es en verdad el misterio de la piedad! Y, sin embargo, solo miremos, miremos a través de la historia de la iglesia y descubramos si no tenemos amplia evidencia para corroborarlo. Este Niño nacido, este Hijo dado, vino al mundo para entrar en las listas contra el pecado.

Durante treinta años o más tuvo que luchar y luchar contra tentaciones más numerosas y terribles de lo que el hombre jamás había conocido antes. Adán cayó cuando una mujer lo tentó, Eva cayó cuando una serpiente le ofreció fruto, pero Cristo, el segundo Adán, se mantuvo invulnerable contra todos los dardos de Satanás, aunque fue tentado en todos los puntos, como lo somos nosotros.

No se perdonó ni una flecha de la aljaba del infierno, todas fueron disparadas contra Él. Cada flecha fue dirigida contra Él con todo el poder de los arqueros de Satanás, ¡y eso no es poco! Y, sin embargo, sin pecado ni mancha de pecado, más que vencedor se mantuvo. Pie a pie con Satanás, en la soledad del desierto, mano a mano con él en la parte superior del pináculo del templo, lado a lado con él en medio de una multitud ocupada, pero siempre más que vencedor.

Le dio batalla dondequiera que el adversario quisiera encontrarlo, y finalmente, cuando Satanás reunió todo su poder, y agarró al Salvador en el jardín de Getsemaní, y lo aplastó hasta que sudó como grandes gotas de sangre, entonces cuando el Salvador dijo: "Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú", el tentador fue rechazado.

"¡Por eso! ¡Por eso!" Cristo pareció decir, y lejos huyó el tentador, sin atreverse a volver más. Me parece que Cristo, en todas sus conquistas sobre el pecado, ha establecido su

divinidad. Nunca escuché de ninguna otra criatura que pudiera soportar una tentación como esta. Mirad los ángeles en el cielo, cómo entró allí la tentación, no lo sé, pero esto sí sé, que Satanás, el gran arcángel, pecó, y sé que se hizo tentador para el resto de sus compañeros, y atrajo consigo a una tercera parte de las estrellas del cielo.

Los ángeles fueron poco tentados, algunos de ellos no fueron tentados en absoluto, y sin embargo cayeron. Y luego mira al hombre, ligera fue su tentación, sin embargo, cayó. No está en una criatura resistir la tentación, cederá, si la tentación es lo suficientemente fuerte. Pero Cristo se puso de pie, y me parece que en Su posición demostró tener la pureza omnirradiante, la santidad inmaculada de Aquel ante quien los ángeles velan sus rostros y claman: "Santo, santo, santo, Señor Dios de Sabaoth".

Pero estas pruebas podrían parecer insuficientes, si Él no hiciera más que esto. Sabemos también que Cristo demostró ser el "Dios fuerte" por el hecho de que finalmente todos los pecados de todo su pueblo fueron recogidos sobre sus hombros, y "los llevó en su propio cuerpo sobre el madero". El corazón de Cristo se volvió como un depósito en medio de las montañas. Todas las corrientes tributarias de iniquidad, y cada gota de los pecados de Su pueblo, descendieron y se juntaron en un vasto lago, profundo como el infierno y sin orillas como la eternidad. Todos estos se encontraron, por así decirlo, en el corazón de Cristo, y sin embargo, Él los soportó a todos.

Con muchos signos de debilidad humana, pero con signos convincentes de la omnipotencia divina, tomó todas nuestras penas y cargó con todos nuestros dolores.

La divinidad interior fortaleció Su humanidad, y aunque ola tras ola rodaron sobre Su cabeza, hasta que Él se hundió en lodo profundo donde no había pie, y todas las olas de Dios y Sus olas habían pasado sobre Él, sin embargo, Él levantó Su cabeza, y más que vencedor, al fin, puso los pecados de su pueblo en ejecución pública. Están muertos. Han dejado de ser, y si se buscan, nunca más se encontrarán. Ciertamente, si esto es cierto, Él es ciertamente "El Dios fuerte".

Pero hizo más que esto, descendió a la tumba y allí durmió, fuertemente encadenado con las frías cadenas de la muerte. Pero llega la hora señalada: la luz del sol del tercer día dio la advertencia, y Él rompió las ligaduras de la muerte como si fueran estopa, y volvió a la vida como "Jehová de vida y gloria".

Su carne no vio corrupción, porque no pudo ser retenido por las ligaduras de la muerte. ¿Y quién será la muerte de la muerte, la plaga del sepulcro, el destructor de la destrucción, sino Dios? ¿Quién sino la vida inmortal, quién sino el Autoexistente pisoteará los fuegos del infierno, quién sino Aquel cuyo Ser es eterno, sin principio y sin fin, romperá las cadenas de la tumba? Se probó entonces, cuando llevó cautiva la cautividad, y aplastó a la muerte y redujo

a polvo sus miembros de hierro; se probó entonces que era el Dios poderoso.

Oh, alma mía, puedes decir que Él se ha probado a sí mismo en tu corazón como un Dios poderoso. Muchos pecados os ha perdonado y aliviado vuestra conciencia del agudo sentido de la culpa, innumerables penas ha mitigado, tentaciones insuperables ha vencido, virtudes antes imposibles ha infundido, gracia en su plenitud prometida, y en su medida Él ha dado.

Mi alma da testimonio de que lo que se ha hecho por mí nunca podría haberlo hecho un simple hombre, y estoy seguro de que os levantaríais de vuestros asientos, si fuera necesario, y diríais: "Sí, el que me ha amado, me lavó de mis pecados y me hizo lo que soy, debe ser Dios, nadie sino Dios podría hacer lo que Él ha hecho, podría soportar con tanta paciencia, podría bendecir tan generosamente, perdonar tan libremente, enriquecer tan infinitamente. Él es, Él debe ser, lo coronaremos como: 'El Dios fuerte'".

Y, para terminar, para no cansaros, permitidme que os diga ahora que os ruego y os suplico a todos los presentes que, como Dios el Espíritu les ayude, vengan y pongan su confianza en Jesucristo, Él es "El Dios fuerte". Oh, cristianos, créanle más que nunca, echen sus problemas constantemente sobre Él; Él es "El Dios fuerte", acude a Él en todos tus dilemas, cuando el enemigo venga como una inundación, este Dios poderoso abrirá el camino para tu liberación, lleva a Él tus dolores, este Dios poderoso puede aliviarlos a todos, cuéntale tus rebeliones y pecados, este Dios poderoso los borrará.

Y, oh pecadores, ustedes que sienten su necesidad de un Salvador, vengan a Cristo y confíen en Él porque Él es "El Dios fuerte". Vayan a sus casas, y arrodíllense y confiesen sus pecados, y luego arrojen sus almas pobres, culpables, indefensas, desnudas e indefensas ante Su omnipotencia, porque Él puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de Él, porque cuando murió no era hombre, sin divinidad, sino que era "el Dios fuerte". Esto, digo, lo escribiremos en nuestros estandartes, desde hoy y para siempre, esta será nuestra alegría y nuestro cántico: el niño nacido y el Hijo dado es para nosotros "El Dios fuerte".